

Entre tanto, los dos misioneros guiaban los pasos por la calzada de Iztapalápan, levantando al andar ligeras nubes de polvo, llegan al fuerte de Xolotl; despues á Huitzilopochco, hoy Churubusco; y por último, á Coyohuacan, pueblo donde residieron los españoles los primeros meses despues de la conquista de Méjico, y que mas tarde perteneció con el nombre de villa al marqués del Valle.

Para los naturales fue este un día de gran fiesta y regocijo. Antes de que llegaran los misioneros salian á recibirlos en tropel, ofreciéndoles vistosos ramilletes, ordinario agasajo con que hasta ahora suelen algunas poblaciones obsequiar en tales casos á los curas.

La presencia de los ministros de paz los consolaba de las continuas vejaciones que les causaban el poco miramiento y aun crueldad de los conquistadores insaciabiles.

—¡Ah, si todos fueran como estos! decian entre sí, dudando de lo que veian con sus propios ojos.

—Ni nos hacen sus esclavos, ni violan á nuestras hijas.

—¡Ah, la esclavitud! esclamaba alguno con muestras de la mas viva indignacion: ¡la esclavitud! . . . ¡es intolerable! Dentro de algunos años ya no habrá en todo Anáhuac suficiente carne de esclavos para contentar á esos gavilanes rabiosos. . .

—Nuestros reyes y caciques, es verdad, nos hacian tambien sus siervos; pero no nos marcaban la cara con el hierro ardiendo.

—Hombres hay que ya no se conocen por el rostro, segun lo desfigurado que le tienen con tantos y tantos letreros.

—¡Y así tuvieron algunos menguados por hijos de Quetzalcóatl á estos ladrones! Nuestros antepasados decian que este buen dios enseñó á los pueblos á labrar la tierra y á vivir como hermanos; y si los extranjeros son sus descendientes, cierto no se parecen á su padre.

—La tierra que ellos cultivan son las minas, donde nos hacen morir de fatiga ó de hambre buscando el oro en las entrañas de la tierra.

—¡Cuán poco se parecen á estos otros extranjeros pobres, que dicen haber venido para llevarnos al cielo! Si no les damos de comer, ellos no tienen boca para pedirnos nada, y morirían de hambre antes que quitarnos el pan.

—Pero si nos quitan nuestros dioses, y echan por tierra los *teocallis*.

—¡Bien hecho! Huitzilopochtli ha gozado ya mucho tiempo en la sangre de sus adoradores; no queria mas ofensa que los corazones arrancados de las víctimas sacrificadas en sus altares, y no creo en la deidad que se complace en la destruccion de los humanos.

—Tienes razon, hijo mío, decia un anciano de faz amable; pero la creencia que tratan estos hombres de inculcarnos no es nueva para mí: el gran monarca de Texcoco, Netzahualcoyotl, profesaba en secreto otra religion, si no igual, muy semejante á la que ahora se nos predica; y habia erigido un templo, no á los dioses que adoraba el vulgo supersticioso, sino al Dios desconocido que está en todas partes sin tener figura humana, y que no exige del hombre sino amor, adoracion, incienso y flores.

—¡Volvamos, pues, á los tiempos de ese buen rey que tantos beneficios hizo á su pueblo, y que recuerdan nuestros ancianos con tanta complacencia! Quizá se irán de aquí los extranjeros malos, y solo quedarán en la tierra los extranjeros buenos.

—Estos serán nuestros padres, yo lo espero, y nos defenderán de los malvados. Hagámonos de su partido.

Tal era la disposicion de ánimo con que los naturales recibian á los dos religiosos. ¡Qué resulta de aquí! Un hecho sorprendente y de carácter sobrehumano.

Comienzan su predicacion los ministros del Evangelio, y atónito el auditorio, no sabe qué admirar mas, si la escelencia y magestad de la palabra santa, ó la maravillosa soltura y propiedad con que aquellos se espresan en un idioma que poco antes ignoraban.

—¡Raro portento! esclama alguno con aire pensativo: no hay duda en que un Dios habita en estos hombres singulares: él les dicta una doctrina nueva para nosotros, pero amable, que al escucharla va penetrando en lo interior del alma como un rayo del sol que nace, como una suave melodía, ó como el aroma de una flor recién abierta. Su voz alivia los pesares, como la voz de una madre ó de una esposa: nuestros hijos la oirán desde la infancia, y durante las horas amargas de la vida sonará en su corazon como la palabra del amigo ausente, como un cántico divino.

Conmovidos hasta este estremo los mejicanos, no bien ter-

mina la alocucion que se les dirige, cuando espontáneamente hacen pedazos los ídolos que antes veneraban, levantan cruces sobre los *teocallis* y señalan sitios para fabricar templos cristianos.

Los dos apóstoles pasan adelante; llegan á Xochimilco y á los demas pueblos de la *laguna dulce*; repítense las mismas escenas que en Coyohuacan; los principales caciques piden para sí y para sus hijos el bautismo, y los religiosos alzan los ojos al cielo y apenas pueden contener el júbilo por la abundante cosecha que se les prepara.

Entonces fue cuando el P. Valencia, dirigiéndose á su compañero en un arrebatado de entusiasmo, le dijo:

—“Muchas gracias sean dadas á Dios, que lo que en otro tiempo el espíritu me mostró, ahora en obra y en verdad lo veo cumplir.”

Aludian estas palabras al extraño incidente ocurrido en el coro de Santa María del Hoyo durante los maitines, cuando nuestro buen fraile recitaba desde el púlpito una leccion de Isafas. Habla en ella el profeta de la venida de los gentiles á la fe, y elevado el espíritu del lector á las regiones misteriosas donde se revela al hombre lo que es y lo que será, vió puntualmente lo que ahora pasa en su visita á los pueblos de la laguna de Xochimilco, esta presteza, esta espontaneidad, con que un sinnúmero de personas, tribus enteras, vienen á ser iniciadas en la sublime doctrina de Jesus.

Desatábase el enigma de su destino.

IX

Las ideas, los sentimientos, las opiniones, las doctrinas y en general todo lo que de algun modo interesa la suerte de la humanidad ejerce ahora, y siempre ha ejercido, una especie de magnetismo intelectual ó moral en las sociedades. He aquí por qué al resonar la palabra que envuelve un pensamiento fecundo, tiene un eco mas ó menos vivo, mas ó menos duradero en todas partes; he aquí por qué una vez proclamado un principio social ó político, encuentra partidarios, y porqué desde el punto en que una religion se predica, tiene prosélitos.

Mas la propagacion del cristianismo en nuestro país tuvo algo de excepcional y verdaderamente prodigioso; porque al dejarse oír la voz del Evangelio en un lugar, no parece sino que al mismo tiempo se conmovian otros muchos, y la influencia ejercida en el primero se hacia sentir en todos como una corriente eléctrica.

Con todo, esta virtud atractiva fué mayor y mas poderosa para unas poblaciones que para otras, y contrayéndonos á las de que hablamos no ha mucho, señalaremos como una de las mas prontas en adoptar los nuevos dogmas á Cuiclahuac, lugar de suave temperamento y que por estar cercado de agua, fué llamado por los españoles Venezuela.

“En este pueblo (dice el padre Motolinia) estaba un buen indio, el cual era uno de tres señores principales que en el hay, y por ser hombre de mas manera y antiguo, gobernaba todo el pueblo: este envió á buscar á los frailes dos ó tres veces, y llegados, nunca se apartaba de ellos, mas antes estuvo gran parte de la noche preguntándoles cosas que deseaba saber de nuestra fe.

“Otro dia de mañana ayuntada la gente despues de misa y sermon, y bautizados muchos niños, de los cuales los mas eran hijos, y sobrinos, y parientes de este buen hombre que digo; y acabados de bautizar, rogó mucho aquel indio á Fr. Martín que le bautizase, y vista su santa importunacion y manera de hombre de muy buena razon, fué bautizado y llamado D. Francisco, y despues en el tiempo que vivió fué muy conocido de los españoles.

“Aquel indio hizo ventaja á todos los de la laguna dulce, y trajo muchos niños al monasterio de San Francisco, los cuales salieron tan hábiles, que escedieron á los que habian venido muchos dias antes.

“Este D. Francisco aprovechando cada dia en el conocimiento de Dios y en la guarda de sus mandamientos, yendo un dia muy de mañana en una barca, que los españoles llaman *canoa*, por la laguna, oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, las cuales yo ví y tuve escritas, y muchos frailes las vieron y juzgaron habian sido canto de ángeles, y de allí adelante fué aprovechando mas; y al tiempo de su muerte pidió el sacramento de la confesion, y confesado y llamando siempre á Dios, falleció.

“La vida y muerte de este buen indio, fué grande edificacion para todos los otros indios, mayormente los de aquel pueblo de Cuitlahuac, en el cual se edificaron iglesias; la principal advocacion es de San Pedro, en la obra de la cual trabajó mucho aquel buen indio D. Francisco. Es iglesia grande y de tres naves, hecha á la manera de España.”

Como este hecho se repitieron varios otros que seria largo referir, y que demuestran por una parte, el anhelo con que abrazaban el cristianismo los naturales, y por otra la vida laboriosa, fecunda y verdaderamente evangélica que observaban los primeros frailes señaladamente el P. Valencia, de quien puede con razon asegurarse que su celo por la conversion de los gentiles era una llama siempre activa, siempre eficaz y siempre en aumento.

Pero tiene otros títulos á la gratitud de la nacion mejicana. El fué, como el P. Betanzos, el defensor mas firme y decidido de los indios; él fue quien primero fulminó contra los abusos de la tiranía; y él fue, por último, quien para ponerle freno, levantó la voz en contra suya en el seno de la primera asamblea que con el carácter de concilio, se verificó en el convento de San Francisco. Presidióla él mismo como legado apostólico, y fue compuesta de cinco clérigos, diez y nueve religiosos y cinco letrados, ó tres como asienta el P. Vetancurt. Asistió á ella D. Fernando Cortés, y empezó sus sesiones á fines del año de 1524, concluyendo á principios del siguiente. Su principal objeto fué proveer á la salud espiritual de los pueblos, procurando aprovechar las luces y esperiencia de los asistentes para elegir los medios mas adecuados al establecimiento de la fe, á la estirpacion de las malas costumbres y especialmente de la idolatría, muy arraigada en los habitantes de distritos poco visitados.

Fue ademas el venerable religioso un astro de consuelo en medio de la tormenta suscitada por las malas pasiones de los hombres depravados, en cuyas manos dejó Cortés las riendas del gobierno, durante su funesta expedicion á las Hibueras. Véamos cómo se espresa acerca de este suceso el P. Cavo.

x.

“A este bravo capitán (Cristóbal de Olid), que se habia hecho famoso en la guerra de los mejicanos, vencidos estos lo despachó Cortés, como dijimos, á conquistar la provincia que llamaban Hibueras, distante de Méjico mas de cuatrocientas treinta leguas al sudeste; para este efecto le confió una formidable escuadra de seis velas con cuatrocientos infantes y treinta caballos, encomendándole al partir que á cierta altura destacara una de las embarcaciones al mando de Diego Hurtado de Mendoza, su pariente, que costeano arribara al Darien en cumplimiento de la órden del emperador, que deseoso de quitarse de contestaciones con los portugueses, por todos sus dominios de aquel nuevo mundo hacia buscar el estrecho que se decia del un mar al otro.

“Olid, cumpliendo este encargo, llegó á aquella provincia, y como los naturales de ella eran gente pacífica, con facilidad los redujo al dominio español; pero este hombre tan favorecido de Cortés le pagó ni mas ni menos como Cortés habia pagado á Velazquez. Se sustrajo de su jurisdiccion y cortó con él toda comunicacion.

“Mas Cortés, que tenia mas poder y brío que Velazquez, determinó vengarse de aquel ingrato, y publicó la jornada de Hibueras, tanto mas que en aquellos dias una embarcacion de Cuba le habia traído la noticia del fallecimiento de Velazquez y de la instalacion en aquel gobierno de su paisano Manuel de Rojas, casado con una parienta suya, de donde coligió que los amigos del muerto pasarian á Hibueras á unirse con Olid para su ruina. Entre tanto que se disponia al viaje, envió con los poderes mas amplios que pudo á aquella provincia á Francisco de las Casas, para que viera el modo de asegurar la persona de Olid

“Hecha esta diligencia, procedió á disponer su viaje, y ante todas cosas constandole de la mala voluntad que le tenian los oficiales reales, acaso por hacerselos amigos les dió repartimientos, con la condicion de derribar los ídolos y procurar la instruccion de los indios que les habia señalado; las demas cosas dispuso de esta manera. . . . A Francisco de Solís nombró Cortés por ca-

pitan de la artillería y alcáide de las atarazanas; á Rodrigo de Paz su primo, hombre bullicioso, encomendò su casa y hacienda, dándole los cargos de regidor y alguacil mayor; nombró por gobernador del reino en su ausencia, al tesorero Alonso de Estrada y al licenciado Alonso de Zuazo. Cortés queria llevarse al contador Albornoz por ser el mas moderado de los oficiales reales; pero habiendo caido enfermo, por instancias del factor Salazar lo asoció á los gobernadores. Este consejo de Salazar fué con el malvado fin de poner á los gobernadores en la ocasion de reñir, pues sabia muy bien la enemiga que tenia el tesorero con el contador.

“Finalmente, para que el factor y veedor no quedaran sujetos á sus colegas, se los llevó á Goatzacoalcos, adonde apenas habian llegado, como que presintieron lo que sucedia en Méjico, ambos pidieron á Cortés licencia de volverse. Este, acaso arrepentido de llevar por testigos de su acciones hombres que procedian de mala fe, les otorgó su demanda, y añadiendo á un favor otro favor, tambien los asoció al gobierno del reino....

“Esto pasaba en Goatzacoalcos al tiempo que un correo despachado á toda furia del ayuntamiento de Méjico, llegó á aquel lugar con la noticia de que luego que Cortés se alejó de la ciudad, habian reñido malamente el tesorero Estrada y el contador Albornoz; y por un asunto de tan poca monta como era de poner un nuevo alguacil, echaron mano á las espadas, perdiendo así el respeto debido á las casas de cabildo; que requeridos de que si no se conformaban con los dictámenes serian depuestos del empleo de gobernadores, no por eso habian cesado los escándalos; que si Cortés no refrenaba la presuncion del uno y la arrogancia del otro, la ruina del imperio era inevitable.

“Incontinenti Cortés, habiendo escrito á aquellos gobernadores que si no olvidaban la enemiga que los hacia proceder tan escandalosamente los privaria del oficio, mandò que al punto se pusieran en camino para la capital el factor y veedor, dándoles por escrito toda su autoridad para procesar aquellos hombres, caso que aun durara el rompimiento.

“Entretanto, sobresaltado Cortés con la nueva de haber sido preso por Olid Francisco de las Casas, apresuró su viaje, y así habiendo juntado todos los soldados españoles que pudo y mejicanos que habia convocado, con una comitiva inmensa partió para Hibueras, á tiempo que por Quauhhtemalan venia á gran-

des jornadas Francisco de las Casas á darle aviso de que forzada la prision en que lo tenia Olid, lo habia muerto con alevosía.

“Habiendo Cortés partido de Goatzacoalcos para las Hibueras y restituidose á Méjico Salazar y Chirinos, bien que hallaran agitadas las desavenencias entre Estrada y Albornoz contra la prohibicion de Cortés, no solo trataron de procesarlos, sino que tuvieron la avilantez de romper públicamente su mandamiento, que temeroso de sus violentos genios les habia dado por escrito. En estos contrastes pasaron algunos dias, hasta que se comprometieron á estar á lo que el licenciado Zuazo decidiese: este declaró, que la voluntad de Cortés era que todos cinco unánimes gobernarán el reino; resolución que disgustó tanto al factor y veedor, que de ella apelaron al emperador, y determinaron vengarse á su tiempo del que la habia dado.

“Corrieron casi tres meses sin que el mal ánimo de estos rompiera en algun escándalo. Pero Salazar, que era el que mas ojeriza tenia á sus dos compañeros, no pensaba entre tanto sino en perderlos: para esto creyó oportuno grangearse la amistad de Rodrigo de Paz, hombre el mas poderoso acaso que habia en Méjico, pariente de Cortés y tenedor de sus bienes. Este designio lo ejecutó valiéndose de este diabólico artificio: propone á los tres gobernadores que se prenda á Paz; ignora el pretesto que alegó para procedimiento tan irregular; lo que consta es, que Estrada creyendo que la proposicion de Salazar nacia de particular enemistad, hizo cuanto pudo por impedir aquella violencia; pero al fin sabedor de que los otros dos gobernadores habian espedido el mandamiento de captura, contra su voluntad la suscribió, y se procedió á la prision de Paz. Cargado este de hierros, fué encerrado en la casa de Salazar, que seguro de su intento, pasa á verlo, y mostrándole el decreto de prision de los gobernadores Estrada, Albornoz y Zuazo, no de otra manera que si se compadeciera de su desgracia, le dice:

—“He aquí la recompensa que has tenido de la amistad y favores con que has colmado á estos gobernadores: si fueran tus amigos como protestaban, y como en la realidad le somos Peralmidez y yo, no se hubieran conjurado en perderte. Si deseas salvar tu vida y vengar esta injuria, unámonos todos que mañana luego te daremos la libertad, y juntos, á tus tres enemigos privaremos del gobierno.

“Oido este razonamiento, y considerando Rodrigo de Paz que